

Revista de Ciencias Sociales

VOL. V

Diciembre, 1961

Núm. 4

SOBRE UNA PAGINA DE ENGELS *

BERTRAND DE JOUVENEL

EN *El Anti-Dubring* presenta Engels la historia social del género humano partiendo de la comunidad original hasta la comunidad final, pasando por los antagonismos de clases, necesarios al progreso.

En la primera etapa están las pequeñas comunidades. "Predomina entonces una cierta igualdad en las condiciones de existencia y también, entre los jefes de familia, una especie de igualdad en la situación social —al menos una ausencia de clases sociales que persiste aún en las sociedades primitivas, dedicadas a la agricultura y que habrán de ser después los pueblos civilizados".¹

"(...) Pero la comunidad, y el grupo de comunidades, no proporcionaban las fuerzas de trabajo en excedente disponible: la guerra los proporcionaba. . . *La esclavitud*² había aparecido; bien pronto fue la forma repugnante de la producción en todos los pueblos que superaban el viejo Estado comunitario, pero también llegó a ser una de las principales causas de su decadencia. Únicamente la esclavitud hacía posible la división del trabajo entre la agricultura y la industria en gran escala y, por el florecimiento del mundo antiguo, el helenismo. Sin la esclavitud no hubiera habido Estado Griego, ni arte ni ciencia griega;

* Tomado de la revista *Preuves*, septiembre, 1960. Traducido por Alfredo Matilla.

¹ *Anti-dubring*, Traducción al francés Molitor, Ediciones Costes, Tomo II, p. 63.

² Subrayado de Engels.

sin la esclavitud no hubiera habido Imperio Romano. Y sin esta base del helenismo y del Imperio Romano, no hubiera habido Estado moderno. Nunca deberíamos olvidar que todo nuestro desenvolvimiento económico, político e intelectual tiene por condición previa un estado en el que la esclavitud era tan necesaria como generalmente reconocida. En este sentido tenemos derecho a decir: sin la esclavitud no existiría el socialismo moderno.”

“No resulta difícil rebelarse contra la esclavitud y otras cosas de ese género en fórmulas generales y mostrar una sublime indignación moral contra tal ignominia. El mal está en que no se dice también que esas instituciones antiguas no responden ya a nuestra actual situación y a nuestros sentimientos, determinados por esa situación. Pero esto no nos indica absolutamente nada sobre el origen de esas instituciones, la razón que las mantuvo y el papel que desempeñaron en la historia. Y si estudiamos de cerca este problema estamos obligados a decir, por contradictoria y herética que parezca esta afirmación, que la esclavitud, en las condiciones en que se produjo, significó un gran progreso.³

“(. . .) Resulta evidente que mientras el trabajo del hombre fue de escaso rendimiento, por no producir más que un pequeño excedente de los objetos necesarios para la existencia, el acrecentamiento de las fuerzas productivas, la extensión del comercio, el desenvolvimiento del Estado y del Derecho, las bases del arte y de la ciencia, sólo eran posibles por medio de una gran división del trabajo. Esta misma debía basarse en la gran división del trabajo entre las masas ocupadas en el sencillo trabajo manual y el pequeño número de los privilegiados, que tenían la dirección del trabajo, del comercio, de los negocios públicos y, más tarde, del arte y de la ciencia. La forma primitiva y más elemental de esta división del trabajo fue, precisamente, la esclavitud.⁴

“Añadamos a esto que, hasta hoy, los antagonismos históricos entre clases explotadoras y explotadas, gobernantes y oprimidas, *se explican todos por ese mismo defecto del desenvolvimiento relativo en la productividad del trabajo humano.*⁵ En tanto que la población trabaja materialmente y está tan ocupada por sus necesidades indispensables que no le queda tiempo para ocuparse de los asuntos comunes de la sociedad (dirección del trabajo, negocios públicos, asuntos jurídicos, arte, ciencia, etc.) *ha sido preciso que existiera una clase*

³ *Op. cit.*, pp. 66-67.

⁴ *Op. cit.*, p. 68.

⁵⁻⁶⁻⁷⁻⁸ El subrayado es mío. J.

*especial que, liberada del trabajo material, se ocupase de esos asuntos,*⁶ haciendo esto nunca ha fallado en imponer a las masas trabajadoras, para su propio beneficio, una carga de trabajo cada vez más pesada. *Solamente por el crecimiento enorme de las fuerzas productivas,*⁷ alcanzado gracias a la gran industria, que permite dividir el trabajo entre todos los miembros de la sociedad, sin excepción, y restringir por ello el tiempo de trabajo de cada uno, *todos tienen tiempo libre bastante para tomar parte en los asuntos generales —tanto teóricos como prácticos— de la sociedad.*⁸ Así pues, toda clase dominante y explotadora resulta hoy superflua o más bien un obstáculo para la evolución social; y ha de ser asimismo, ahora, inexorablemente suprimida...⁹

Me ha parecido necesario citar extensamente. ¿Podría quejarse alguien, visto el interés del texto? Citar extensamente descubre la clave que usa Engels. Para el desenvolvimiento de una civilización es preciso un gasto de tiempo humano derivado de las tareas de subsistencia. No hay tiempo disponible, dice, en las comunidades primitivas por la débil productividad de los individuos y su formación igualitaria. Por consiguiente, ni son ni pueden ser progresistas.

Para acelerar el progreso, según Engels, ha sido preciso crear la desigualdad social: ha sido preciso que la mayoría se haya hundido totalmente en el trabajo para subsistir, a cambio de que una minoría se independizara absolutamente. No es recurrir al pensamiento del autor el exponerlo de la siguiente manera: en esa etapa, si el trabajo para subsistir hubiera sido repartido igualmente entre todos, no hubiera dejado a nadie tiempo suficiente para las tareas civilizadoras. Era, pues, racional concentrar las débiles fracciones de tiempo libre, de las que cada uno pudiera gozar, en un lote asegurado a los monopolizadores del tiempo libre; las clases privilegiadas. Pero precisamente una buena utilización de ese tiempo libre por sus monopolizadores ha permitido un progreso de la productividad, tal que ya no cabe el monopolio del tiempo libre, que ha llegado a ser potencialmente lo bastante abundante para que, por su distribución igualitaria, todos hayan podido actuar en los asuntos generales de la sociedad.

Esta visión de las cosas resulta fascinante. Ante todo, ha sido necesaria una "caída feliz" a partir de la comunidad primitiva, sin duda materialmente miserable, pero socialmente paradisíaca, para que una tarea civilizadora fuera emprendida por una minoría explotadora; después, como resultado de la organización que esa minoría ha otor-

⁹ *Op. cit.*, pp. 68-69.

gado al trabajo, la productividad individual ha llegado a ser suficiente para que la desigualdad social dejara de ser necesaria.

Pero una pregunta surge en el espíritu. ¿Por qué una minoría privilegiada ha tardado tantos siglos en cumplir su misión histórica? Mejor dicho, ¿por qué no la cumplió en el Imperio egipcio, en el Imperio Romano, o en el Imperio Chino, sobre todo, donde las invenciones no faltaron?

No es conveniente decir que por mucho tiempo las minorías privilegiadas no comprendieron en absoluto la tarea a que estaban destinadas, porque en el sistema de pensamiento marxista la forma en que la clase dominante rinde los servicios que la hacen inútil, es ciega. Si la gran industria debió, en ese esquema, liberar a la sociedad en su totalidad, no es problema el hecho de que haya sido conscientemente fundada para ese fin por la minoría privilegiada, que cumple su encargo sin comprenderlo ni quererlo.

Puede uno preguntarse, pues, desde el momento en que el órgano, la minoría privilegiada, surgió únicamente por la función liberadora que desempeñó en el siglo XIX occidental ¿por qué ese desencadenamiento tan tardío? Conviene volver a nuestras citas de Engels: en dos ocasiones enumera las tareas a las que se entrega la minoría privilegiada "liberada del trabajo material"; y cada vez que lo hace cita como tarea principal "la dirección del trabajo". He ahí un anacronismo manifiesto.

En todas las civilizaciones del pasado, incluyendo a la nuestra hasta una época muy reciente, la minoría privilegiada ha cumplido sus funciones sacerdotales, políticas y militares, pero nunca ha organizado el trabajo. Se desprendió del trabajo material, no solamente en el sentido limitado de que no podía producir nada, sino en un sentido mucho más amplio: no necesitaba nada.

En todas las civilizaciones antiguas la minoría privilegiada ha vivido del tributo de los agricultores; relación simbolizada por las carretas que traían a la ciudad las subsistencias y regresaban vacías. Pero, ¿aquéllos a quienes ese tributo se dirigía eran los organizadores del trabajo agrícola? En absoluto. El Romano enriquecido por las conquistas no era campesino, como tampoco era jefe de cultivo; esa era función de un esclavo intendente, mandando a los otros esclavos.

No importa a nuestro propósito que la tierra de la que vivía nuestro privilegiado estuviera concentrada en grandes explotaciones o dispersa en pequeñas. La gestión no era, en ningún caso, un acto del beneficiario, sino una consecuencia.

La producción agrícola era acción del trabajador, sin que el señor, propietario o explotador, interviniera para nada. No hacía otra cosa que cobrar su parte, de tal manera que resultaba cierto, para el campesino, que el número de horas de su trabajo se dividía entre él y el privilegiado. Este reparto de horas del campesino entre su señor y él, es el que Marx ha transcrito sencillamente para expresar las relaciones entre el obrero y el capitalista —y es patente que se trata de una transcripción—; la relación de las partes que indica en sus ejemplos numéricos y que se observa hoy todavía en los países donde la minoría privilegiada vive de la renta de la tierra.

Allá donde impera ese sistema la mayoría de los rentistas de la tierra emplea funcionarios para que le ayuden en las tareas administrativas, criados para que se encarguen de los cuidados laborales, y ordena los objetivos suntuarios de sus artesanos. Un mundo de funcionarios, criados y artesanos llena la ciudad y vive en el segundo grado de las rentas campesinas. Se puede hablar, con justo título, de "dos naciones": una que produce, la otra que consume. La que consume no dirige el trabajo para nada.

Incluso los hombres de dinero en los antiguos sistemas no son organizadores de producción. Arrendatarios de impuestos, se enriquecen con la diferencia entre el arrendamiento y su cobro; y de ellos es de quienes habla Montesquieu en *L'Esprit des Loïs*; los comerciantes, con algunas excepciones (vendedores de telas, en la Edad Media) tampoco son organizadores de producción; su actividad consiste en enviar al exterior ciertos bienes para traer, a cambio, otros bienes a los que su clientela rica concede un valor mayor.

Con el industrial todo cambia. Al hombre de la renta sustituye ahora el hombre del beneficio. El que vive de la renta no tiene por qué preguntarse como encuentra los medios aquel que la paga. Con los beneficios es cosa muy distinta: hay que utilizar el trabajo en forma tal que una vez que se paguen todos los gastos quede un beneficio para el organizador. Cualesquiera que sean sus disposiciones morales, el organizador queda obligado a pagar el trabajo al precio del mercado; por consiguiente sólo puede sacar provecho si aumenta la productividad de ese trabajo. La búsqueda de beneficio es, inevitablemente, la búsqueda de productividad.

Por consiguiente, puede decirse que con y por el hombre del beneficio comienza el proceso de crecimiento de la productividad, por el que, si creemos a Engels, la Historia ha creado la desigualdad social. El hombre de la renta era un beneficiario del trabajo. El hombre del beneficio es un organizador del trabajo. Bajo el régimen de la

renta nada lleva a ensanchar la productividad; todo lleva a ese fin en el régimen del beneficio. Desde entonces —y solamente desde entonces— la sociedad se orienta hacia un desenvolvimiento de las fuerzas productivas que permitirá “liberar” no solamente a una minoría, sino a todos los miembros de la sociedad.

¡Pero, cuidado! ¿liberar de qué? Si se trata de liberar del trabajo manual se le puede dar toda la razón a Engels; es cierto que la cantidad de trabajo físico proporcionado por los miembros de una sociedad industrial disminuye con gran rapidez.

Este cambio es mucho más apreciado de lo que se imaginaba el filósofo, para quien el oficio de aguador parecía menos penoso que el de cajero, que desearía dedicar sus brazos al trabajo material mejor que al espíritu. Pero *dulce bellum inexpertis*; hay que reconocer que los hombres que han pasado su vida en los trabajos manuales desean vivamente escapar y sacar provecho para sus hijos. Y, por eso, los cambios de forma de trabajo de sus aspectos más manuales a los menos, deben ser considerados, según la opinión de los interesados, como un progreso importante. Pero no era solamente eso lo que Engels tenía en su espíritu cuando anunciaba la era donde todos tendrían “bastante tiempo libre para tomar parte en los asuntos generales —tanto teóricos como prácticos— de la sociedad”. Sin duda se trataba, para él, de que todos pudieran dedicarse a las preocupaciones hasta el momento reservadas a la minoría privilegiada.

Entonces ¿qué era lo característico en la minoría privilegiada? Su libertad de espíritu en lo referente a las tareas relacionadas con la vida material. No seré yo quien diga que esa libertad haya sido, en general, bien empleada. Pero, en fin existía y los que la emplearon bien, pudieron ofrecer un modelo para la mayoría, para el día en que, habiéndose extendido la mayor libertad espiritual posible, esa libertad pueda ser distribuida por igual.

En tal sentido, las cosas no han ocurrido en absoluto como cabía suponerse. Ya que, para que las condiciones materiales objetivas, señaladas por Engels, se llevaran a cabo, ha sido preciso que la clase dirigente cambiara totalmente de carácter. El gran contraste social entre 1760 y 1960, y no importa que se trate de Francia, Inglaterra o Rusia, consiste en que una clase dirigente, exenta de preocupaciones materiales, ha sido sustituida por una clase dirigente enteramente dedicada a las preocupaciones materiales. Utilizando por un instante la metáfora organicista y representando a la sociedad como un cuerpo en el que la cabeza es la minoría dirigente, podemos afirmar lo siguiente: todas las civilizaciones antiguas han tenido a sus miembros

entregados a tareas materiales de las que la cabeza estaba exenta. Lo que ha ocurrido después de dos siglos es que *las tareas materiales han subido a la cabeza de la sociedad*, gracias a lo cual, los miembros, inteligentemente dirigidos, operan con menos esfuerzo y mucho más eficazmente. Pero, inversamente, las preocupaciones de la clase dirigente ya no son de naturaleza distinta a las preocupaciones de la mayoría; son las mismas preocupaciones materiales, vistas desde una altura diferente.

En muy pocas generaciones la sociedad moderna ha hecho progresos prodigiosos, económicos, y técnicos. Pero ha hecho falta para ello un cambio total de su "élite", hasta entonces extraña a los trabajos materiales y sus procedimientos y ahora enteramente ocupada con esos objetivos. Antes, el hombre que dirigía los trabajos materiales estaba localizado muy abajo en la jerarquía social; hoy ocurre lo contrario. ¡Observad cómo, por el contrario, el eclesiástico y el magistrado han descendido en esa jerarquía! De ahí se deduce que el ascenso social, en el presente, ya no quiere decir que el ascendido abandone el orden de los intereses materiales, sino que obtiene nuevos galones en ese mismo orden. De ahí, también, que si el enriquecimiento colectivo, como lo suponía Engels, permite a todos participar en las preocupaciones del grupo dirigente, esto solamente quiere decir que la masa de los trabajadores de la producción puede participar en las preocupaciones del estado mayor de los productores.

Se ha repetido hasta la saciedad, y con razón, que nuestra sociedad se caracteriza por la extrema y creciente división del trabajo. Moralmente hablando se caracteriza, sin embargo, por la homogeneidad de sus preocupaciones. Es indudablemente inútil recordar que "privilegiado" no quiere decir "mejor colocado", pero sí que queda fuera de la ley común. La más común de las leyes de la especie humana es el cuidado material de la subsistencia. Todas las sociedades del pasado han tenido sistemas privilegiados exentos de esa ley general. En los admirables trabajos de Dumézil puede verse que el carácter fundamental de todas las sociedades indoeuropeas era el de distinguir entre un orden espiritual, un orden combatiente y político, y un orden productor, respectivamente señalados por los colores blanco, rojo y verde. Era esencial la inmunidad de los dos órdenes primeros en relación con la obligación natural del hombre, que el sistema social cargaba sobre el tercero. No solamente los órdenes privilegiados estaban exentos de cuidados materiales, sino que ni siquiera tenían el derecho a dedicarse a ellos. Bonald ha presentado esta doctrina como imperante en la antigua Francia, donde, según explica, cuando una familia ascen-

día en el orden del trabajo nada le era más fácil que adquirir la nobleza, lo que significaba la obligación de abandonar las preocupaciones del orden productor.¹⁰

Nuestra sociedad es la primera en la historia que no contiene órdenes privilegiados. Como dijo Siéyes, el Tercer estado "lo es todo". Hay que decir, además, que en vísperas de la Revolución, se consideraba representantes del Tercer estado a aquellos cuya ocupación estaba muy lejos de la producción, en sentido estricto, como, por ejemplo, los hombres de leyes. La idea de que no hacían falta órdenes privilegiados quedó tan mal fundada, por tanto tiempo, que no se hubiera podido afirmar que la función productora "lo era todo": mientras fuera vista como una función vegetativa, subordinada, habría oportunidad de distinguir las "partes nobles" no dedicadas a tal función vegetativa. La revolución social se hace, en el terreno intelectual, por Saint-Simon, que es el profeta de la sociedad moderna. Todo queda dicho desde que él dijo que la política debe ser industrial, tener por objeto la organización del trabajo;¹¹ desde que se dice que la educación pública debe referirse a "los ejercicios adecuados a formar *hombres de industria* como antes se formaban los *hombres de armas*".¹²

En Saint-Simon aparece, por primera vez en la historia de las civilizaciones, la idea de que la producción no puede ser considerada ya como una función, indispensable, pero baja, en la que no debe intervenir la "élite" social, por ser "élite", sino como la principal tarea de la sociedad a la que cada uno contribuye según su capacidad, de manera que la "élite" no es "élite" más que por la superioridad de su contribución a este objetivo común. Esta nueva forma (inaudita en la historia de las civilizaciones) de entender a la "élite", se me figura razón suficiente para explicar el prodigioso contraste que ofrecen los progresos materiales de nuestra sociedad moderna, con el estancamiento o la mediocridad de los progresos de las sociedades antiguas y de nuestra antigua sociedad.

Ya se trate de las sociedades antiguas o de nuestra antigua sociedad siempre se ejerce un proceso de selección, arrancando a los talentos superiores del orden productivo, para dirigirles a otra cosa. En la Alta Edad Media el que luchaba bien se convertía en caballero y tronco de nobleza; el que aprendía a leer se convertía en fraile. Para

¹⁰ Bonald, Observations sur l'ouvrage de Mme. la Baronne de Stael ayant pour titre: "Considerations sur les principaux événements de la Revolution Française". Passim.

¹¹ Economie Politique et Politique. Artículos de *El Globo* (sobre la religión saint-simoniana) reunidos en un folleto, julio, 1831, p. 114.

¹² *Ibidem*, p. 143.

administrar los dominios señoriales y reales hacían falta intendentes. El que triunfaba en esa labor podía adquirir rápidamente la nobleza. En los tiempos de Francisco I la adquisición de la nobleza era la consagración de cualquier forma de éxito. Mientras el ennoblecimiento despojaba al orden productivo de aquellas familias en las que se hubieran manifestado tales capacidades, la Iglesia despojaba a la juventud popular de todos los niños que daban señales de gran inteligencia. Nada menos cerrado que esos órdenes privilegiados, pero precisamente por ser tan abiertos empobrecían al orden productivo en aquellas capacidades que se manifestaban.

Los talentos superiores son los formadores de la sociedad; si ésta aplica una regla según la cual todo talento superior reconocido es separado del orden productivo, y con él sus descendientes, que presentan posibilidades de talentos superiores, es natural que esa regla sea un obstáculo en el progreso del orden productivo. Y también es natural que la transgresión de esa regla será muy propicia al progreso de dicho orden.

No voy a negar que otras causas hayan podido intervenir para imprimir al movimiento económico un ritmo precipitado, pero el solo hecho de observar las labores productivas, no como aquellas de las que la "élite", por serlo, debe separarse, sino, por el contrario, como aquellas en las que la "élite" debe destacarse, me parece una razón suficiente; y el hecho es que aquellos países donde esta idea se ha acreditado, son también los que han constituido las primeras sedes del progreso.

Pero hay una contrapartida, ya sugerida. Si para imprimir un ritmo rápido al progreso en la producción ha sido necesario que la búsqueda de la excelencia individual fuese de la excelencia individual en las labores productivas, queda claro que la sociedad selecciona cada vez más su "élite" en virtud de los talentos productivos; y asimismo queda claro que el deseo de distinción natural en el hombre ayuda al cultivo de esos talentos; y, en fin, queda claro que una sociedad así orientada tendrá una creciente vocación por las labores productivas.

Para situar el proceso ha hecho falta cierta valoración psicológica y moral de las tareas productivas, pero el proceso en sí conlleva una desvaloración sucesiva de las otras tareas. Todo lo que existe tiende a preservarse en su ser, y la sociedad de élite productiva estará cada vez más preocupada por la producción, en lugar de estarlo cada vez menos, en razón de su riqueza.

Para que la preocupación por la producción no pierda su sentido en relación con sus éxitos, es preciso que la sociedad tenga una voca-

ción creciente para el consumo. En esas condiciones apenas hay oportunidades para que se produzca el milenio entrevisto por Engels, la época en que la productividad haya alcanzado tal amplitud que todos los miembros de la sociedad tengan tiempo de sobra para dedicarlo a otras preocupaciones. ¿Cuáles?

La existencia de órdenes privilegiados que no se preocupan de la producción ofrecía a los productores sugerencias de diferente valor, unas deplorables, otras excelentes, relativas a la forma en que dichos productores podrían emplear su tiempo, cuando se vieran descargados, en parte, de sus tareas productivas. Pero esas sugerencias no se ofrecen a los de abajo, quienes mirando hacia arriba no ven otra cosa que hombres obsesionados en tareas materiales, mucho más que ellos mismos. Los grandes no se distinguen hoy de los pequeños por su amplia libertad de espíritu, sino todo lo contrario; sólo se distinguen por el consumo, que resulta así el único modelo para ser imitado, lo que concuerda perfectamente con una necesidad esencial de la sociedad productora, que es la de desarrollar la vocación del consumo. En otros términos, la homogeneidad moral de la sociedad productora priva a sus miembros de todo indicio de "buena vida", que se tratará de lograr por medio de la productividad acrecentada.

Y eso no es todo. Engels y Marx afirman que los trabajadores, liberados parcialmente de sus labores productivas, querrían y podrían interesarse en "los asuntos generales de la sociedad". Aristóteles ha dicho que se precisa la ociosidad para ser ciudadano. Es un teorema indiscutible y Engels lo carga claramente a su cuenta en las citas que constituyen nuestro tema. Y como es imposible que la mayoría pueda asegurarse la ociosidad, es inevitable que sólo los privilegiados formen el cuerpo ciudadano, lo que presenta el manifiesto inconveniente de afectar su punto de vista por el interés general, dado su interés de clase. Pese a lo que enuncie la ley, la actividad cívica no puede extenderse a todos hasta que una cierta ociosidad pueda garantizarse en forma general. Así se pasó lógicamente de un régimen censatorio donde la ociosidad está monopolizada por unos pocos, al régimen popular, donde la ociosidad derivada de la ganancia en la productividad basta para que todos tengan una parte proporcional. Resulta bien claro.

Pero esa parte individual de la ociosidad ¿es adecuada para que cada uno pueda, efectivamente, darse cuenta de los intereses generales de la sociedad? Cuando Engels escribió su obra hubiera parecido aceptable la afirmación de que un hombre que trabaja sólo cuarenta horas y ha recibido la educación equivalente a nuestra "primaria" pueda opinar sobre los problemas que se plantean actualmente. ¿Es válida

esa afirmación ahora? Los aumentos en productividad que se hayan obtenido, han significado no solamente una división material del trabajo, cada vez más fuerte, sino además, y al mismo tiempo, una creciente complejidad de problemas, que incluso los miembros de una "clase general", que dedican todo su tiempo a esos problemas, no pueden conocerlos todos separadamente, hasta tal punto que el examen de esos problemas tiende a fragmentarse entre el grupo de especialistas. Ese es otro problema en el que no voy a entrar. Pero hay que señalarlo. Si se ignora, se podría llegar, en vista de los hechos indicados, a severos juicios que resultarían injustos. Lo que se señala es que la atención dedicada por el trabajador a los asuntos generales de la sociedad, no aumenta nunca en relación con su ociosidad. Y la causa es sencilla: la ociosidad ha aumentado mucho menos que la complejidad de los problemas.

El curso de los acontecimientos ha ofrecido dos diferencias cuantitativas con aquello que preveía Engels, mientras se puedan juzgar esas previsiones por expresiones tan breves. En primer lugar, los progresos de la productividad —que sin duda han sobrepasado las esperanzas que podían concebirse en 1877 (fecha de *El Anti-Dühring*)— han liberado un total de tiempo social mucho menor de lo que cabría imaginarse, ya que las necesidades se han desarrollado mucho (y sin ese desarrollo de las necesidades los progresos de la productividad no hubieran sido tan grandes; ese es otro problema); y en segundo lugar, la suma social de tiempo libre, distribuida por cabeza, resulta completamente inadecuada para el conocimiento por cada individuo de los asuntos generales de la sociedad.

En el mismo orden cuantitativo se puede preguntar si, verdaderamente, ha aumentado la suma social del tiempo libre: si se trata de tiempo "libre de trabajo físico" la respuesta es evidentemente afirmativa. Si se trata de tiempo "libre de preocupaciones relativas a la vida material", la respuesta es menos clara. El tiempo libre, en ese sentido, ha ido casi desapareciendo para las clases dirigentes, al mismo tiempo que ha aumentado para la mayoría. Este cambio en la distribución de la suma social del tiempo libre está de acuerdo con la previsión de Engels: es mucho más notable que el progreso de esa suma.

Dejando a un lado ahora las consideraciones cuantitativas, parece cierto que los progresos de la productividad no han acarreado hasta ahora una amplia participación de cada individuo en la política, el arte o la ciencia. No quiero decir que no pueda ocurrir; lo que digo es que por el momento no se ha visto. Si se me dice que Engels consideraba como necesaria una revolución para que así fuera, responde-

ría que, hasta donde pueda saberse, no ocurre así en Rusia, como no ocurre tampoco en los Estados Unidos. Y si se desea que ocurra, el problema puede ser común a sociedades que difieren en la doctrina pero que se parecen en su orientación productivista.

Realmente no estoy seguro de que en nuestras sociedades, de elevada productividad, la participación de la gran mayoría, en las actividades que no sean la productividad material, sea mejor o incluso tan cierta como lo era en las ciudades italianas del *Quattrocento*; y no me refiero a las ciudades griegas porque en ellas existía la esclavitud,

Lo que parecía fundamental en el modelo de Engels es el enlace entre la extensión de la cultura y la productividad media del trabajo. Una baja productividad con igualdad social produce una incultura general; una baja productividad con desigualdad social produce la cultura de una minoría: "Sin la esclavitud... no hubiera habido ni arte ni ciencia griegas". Y, en fin, una alta productividad con igualdad social, asegura la cultura para la mayoría. El modelo tiene en sí mismo un gran poder sugestivo; la observación histórica no me parece que demuestre la correlación en grado avanzado entre la generalidad de la cultura y la elevada productividad; pero no se podrá negar, al menos, que esta última crea ciertas condiciones objetivas favorables a la generalidad de la cultura. No parece que estas condiciones objetivas sean determinantes. Queda, pues, el decidir qué hay que hacer para llegar al propósito previsto cuando dichas condiciones objetivas coincidan. Tal vez haya oportunidad de buscar qué factores han acercado a las sociedades a ese propósito, más o menos independientemente del desarrollo de sus fuerzas productivas.